

## Finales y principios

### Finales

Los objetos materiales que acompañaron la breve estancia en prisión de Alexandr Uliánov sumaban en total unos pocos kilos de tela, papel, cerámica, vidrio y metal: un sombrero, un abrigo, una levita, pantalones, una toalla, pañuelos, una taza, un vaso, dos teteras, dos cucharillas de postre, algunos libros y poca cosa más. El ascético Uliánov poseía una prenda de una insólita extravagancia: una capa de lana de cuadros escoceses, concesión al código de la vestimenta de los estudiantes radicales en la Universidad de San Petersburgo. El comandante de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, el general I. S. Ganetski, apuntaba meticulosamente cualquier objeto que estuviera o que hubiera pasado por su cárcel, y los prisioneros, al salir, debían verificar el inventario de sus posesiones terrenales y firmar las listas preparadas por sus carceleros. Aparte de las sucintas anotaciones de Ganetski, lo único que nos proporciona la historia de las últimas semanas de Sasha Uliánov son los bienes que depositó en la prisión: unas pocas cartas, algunas memorias de los supervivientes del complot y la crónica mecanografiada del juicio.

Siete prisioneros, entre ellos Uliánov, fueron despertados de su sueño a primeras horas del 5 de mayo de 1887 y conducidos hasta el embarcadero de la fortaleza. Los prisioneros, sus guardianes militares y un verdugo equipado con las herramientas de su oficio navegaron en tres pequeñas barcas de vapor desde la prisión de la isla hasta otro embarcadero en la desembocadura del río Neva, el de la fortaleza de Schlüsselburg, situada a unos cuarenta kilómetros del nacimiento del Neva, el lago Ladoga. Sólo dos de los prisioneros, Iosif Lukashевич y Mijaíl Novorusski, sobrevivieron para explicar la historia de su viaje. Sus sentencias fueron conmutadas por cadena perpetua, y luego fueron amnistiados durante la revolución de 1905, después de pasar 18 años en Schlüsselburg.

Al parecer, la falta de un cadalso permanente en la fortaleza y la construcción de uno nuevo retrasaron tres días la ejecución. El traslado y posterior retraso suscitaban falsas esperanzas en los prisioneros que quedaban, al creer que el zar les había conmutado la sentencia; no obstante, a las tres de la madrugada del día 8 de mayo se les informó de que iban a ser ejecutados al cabo de media hora. En el recién construido cadalso sólo se podía ahorcar a tres hombres, así que dos de los prisioneros, Uliánov y Piotr Shevirev tuvieron que esperar su turno. ¿Acaso el zar, en el último momento, habría considerado la posibilidad de conmutarles la pena de muerte por una cadena perpetua? Otros prisioneros políticos habían recibido indultos de última hora. El zar Nicolás I, en 1849, le había concedido el indulto a Dostoyevski, cuando éste ya esperaba de pie ante un pelotón de ejecución. Si a Alejandro III se le había pasado por la cabeza salvar a Uliánov y a Shevirev, esa idea no fue más allá, y no ha llegado hasta nosotros ningún informe de ello. Dimitri Tolstói, ministro del Interior y testigo de la ejecución, indicaba en su informe a Alejandro III que Uliánov y Shevirev estuvieron esperando en el interior del recinto a que los tres condenados que les precedían fueran ejecutados, retirados sus cuerpos del cadalso instalado en el patio de la prisión; sin embargo, circuló un rumor contradictorio

según el cual Uliánov y Shevirev presenciaron al pie del patíbulo durante media hora cómo sus camaradas encapuchados se retorcían en la agonía de la estrangulación. Si esta última versión es cierta, es posible entonces que la situación hubiera sido consecuencia de la incompetencia y no del sadismo.

De los conspiradores que participaron en la revuelta de diciembre de 1825 y que fueron ahorcados en 1826 acusados de preparar un complot para cambiar el régimen autocrático, tres de ellos cayeron al foso cuando las sogas se rompieron. Tuvieron que esperar profundamente doloridos hasta que el cadalso y unas sogas de recambio estuvieran a punto para un segundo intento, que esta vez sí logró su objetivo. Se informó que uno de los condenados llegó a decir: «Pobre Rusia. Ni siquiera sabe cómo ahorcar correctamente a la gente.» Aun cuando la anécdota no fuera del todo cierta, es oportuna. El verdugo de los cinco miembros de la Voluntad del Pueblo que participaron en el asesinato de Alejandro II el 2 de abril de 1881 hizo una chapuza con la ejecución de Timofei Mijailov y Andrei Zheliabov. Mijailov cayó dos veces sobre la plataforma porque el nudo se deshizo, y para impedir que se repitiera el incidente con Zheliabov, el verdugo hizo un doble nudo, con lo que la estrangulación se prolongó de forma agónica. A causa, pues, de su incompetencia, tanto Mijailov como Zheliabov se debatieron suspendidos durante varios minutos antes de expirar.

Dimitri Tolstói informaba el 8 de mayo de 1887 que los tres terroristas que habían sido designados para lanzar las bombas escucharon la sentencia, se despidieron los unos de los otros, besaron la cruz que les ofreció un sacerdote y subieron con arrogancia al cadalso. Vasili Generalov y Pajomi Andreyushkin gritaron: «¡Larga vida a la Voluntad del Pueblo!» Vasili Osipanov intentó hacer lo mismo, pero el verdugo le cubrió la cabeza con una capucha que consiguió ahogar el sonido de sus palabras. Una vez retirados los tres cuerpos, Zheliabov y Uliánov subieron al cadalso con paso firme. Zheliabov no aceptó el ofrecimiento del sacerdote de besar la

cruz, pero Uliánov sí que lo hizo. Resulta bastante curioso que el comandante del cuerpo de gendarmes presente en la ejecución informara, por el contrario, que los cinco habían rechazado la cruz.<sup>1</sup>

Los tres hombres ahorcados en primer lugar —Andreyushkin, Generalov y Osipanov— se habían presentado voluntarios para lanzar las bombas bajo el carruaje del zar. Se trataba, de hecho, de una misión suicida, puesto que lo más probable era que la onda expansiva de las bombas y la metralla que éstas contenían mataran no sólo al objetivo sino también a quienes las lanzaran. Llevaron tres bombas de diferente tamaño y potencia. Las dos más grandes estaban envueltas en un caparazón elíptico: un cartón de considerable espesor cubierto de tela negra que ocultaba unos cilindros de latón llenos de dinamita, una con dos kilos y medio y la otra con dos kilos. La más pequeña contenía un kilo y medio de dinamita en una caja de latón oculta en el interior de un falso libro cuya cubierta llevaba el título de *Diccionario Greenberg de terminología médica*. Si los terroristas encargados de lanzar las bombas hubieran logrado su propósito, la potencia de la detonación habría destruido todo lo que se encontrara en un radio de aproximadamente cuatro metros. Por otra parte, el espacio entre el latón y el cartón en cada bomba estaba cargado con «balas» de plomo en forma de cubo, 541 en total, que habían sido rellenas y embadurnadas con estricnina y sulfato de atropina. La detonación de las bombas más potentes hubiera arrojado metralla a más de veintitrés metros de distancia en todas direcciones. Cualquiera que se encontrara en el área de la explosión corría por lo tanto un riesgo mayor de morir envenenado que de quedar herido por el impacto de la metralla. El general de división Nikolai Pavlovich Fiodorov, el testigo experto del tribunal, declaró durante el juicio que la solución de estricnina era tan concentrada que un único grano introducido en la sangre hubiera resultado mortal. Antes del juicio, Fiodorov, para determinar si contenían material explosivo, había cometido la imprudencia de tocar una de las balas

con la lengua. En apenas unos pocos minutos la estricnina comenzó a hacer su efecto e hizo que se sintiera mal pero al final se recuperó gracias a la asistencia médica recibida.<sup>2</sup>

Con el apoyo de Shevirev, el principal organizador, los terroristas encargados de lanzar las bombas habían rechazado los intentos de Uliánov de retrasar el atentado hasta el otoño. Estaban decididos a asesinar a Alejandro III el 1 de marzo de 1887, durante el trayecto para asistir a una misa de réquiem en memoria de su padre, en el sexto aniversario del magnicidio de Alejandro II, una hazaña de la Voluntad del Pueblo. El 22 de febrero de 1887, los conjurados se reunieron en el Café Polonais y decidieron que debían actuar en los días siguientes. Los miembros del comando y Uliánov se citaron a continuación el 25 de febrero y acordaron la hora, el lugar y las posiciones. Uliánov no sólo explicó los aspectos técnicos de sus bombas, sino que, en su calidad de principal teórico del atentado, les preparó para representar su papel durante el interrogatorio en caso de que fueran capturados. Tras reunirse en la Perspectiva Nevski a las once de la mañana, debían dispersarse a fin de reconocer los recorridos más probables que el zar podría tomar en su camino hacia la fortaleza de San Pedro y San Pablo.

Esperaban que el carruaje del zar, con todo su séquito imperial, saliera del Palacio Anichkov, justo al este de la biblioteca pública en la Perspectiva Nevski, y tomara la dirección noroeste a lo largo de Nevski hasta el puente de Palacio, o bien que, tras pasar la biblioteca pública, girara hacia el oeste y tomara la calle Sadovaya en dirección a la calle Gorojovaya (los dos lados de un triángulo del cual la Perspectiva Nevski era la hipotenusa) y se dirigiera a continuación hacia el norte, en dirección al Almirantazgo y el puente de Palacio. Si uno de los vigías veía el carruaje del zar, debía indicárselo a los encargados de lanzar las bombas con una señal: sonarse la nariz con un pañuelo. Los conjurados, que habían estudiado

el mapa de su aventura, esperaban interceptar al zar, o bien en Nevski, en la intersección con el canal de Catalina (hoy canal Griboedev), o bien en la calle Sadovaya.<sup>3</sup> El 26 y el 28 de febrero salieron a la calle (la primera vez, en previsión de una posible aparición del zar en la catedral de San Isaac) y lo dispusieron todo para la fecha elegida, el 1 de marzo. Mientras tanto, Uliánov, quien veía en el 1 de marzo el inicio de una campaña terrorista, trabajaba febrilmente para lograr imprimir el programa de la Facción Terrorista de la Voluntad del Pueblo. Estaba obsesionado por dar a conocer las razones en las que se basaban el asesinato y la prolongación del terror hasta que éste lograra su objetivo inmediato, una constitución liberal.

Los conspiradores estaban bien informados y acertaron al suponer que el zar saldría del palacio Anichkov a las once de la mañana del 1 de marzo. Era domingo, igual que el día que su padre fue asesinado seis años antes; y Alejandro III, en efecto, había planeado asistir a una misa de réquiem en memoria de su padre en la catedral de San Pedro y San Pablo, en la fortaleza de la isla. El zar, la zarina, Maria Fiodorovna, y sus dos hijos mayores, Nicolás y Alejandro, viajarían en un trineo. El zar ordenó que dispusieran su carruaje y el séquito para las 10.45 de la mañana, pero algo totalmente inusual ocurrió en la cadena de mando: el ayuda de cámara del zar le había pasado la orden al cochero, pero éste olvidó informar al jefe de las caballerizas, el encargado de enjaezar los caballos y engancharlos al carruaje imperial. Alejandro III, con el abrigo puesto y apenas conteniendo su rabia, esperó sentado en la antesala de su residencia en compañía del ujier de palacio durante casi media hora. En cuanto tuvo la oportunidad, la reprimenda que le lanzó al cochero fue tal, que llevó al pobre hombre, un veterano con doce años de servicio, al borde de las lágrimas. Mientras el zar estaba allí plantado, los conspiradores patrullaban las tres calles por las que podría pasar el trineo, y cuando el zar salió del palacio Anichkov, la policía ya había detenido a los conjurados encargados de lanzar

las bombas.<sup>4</sup> Si el cochero de Alejandro III hubiera cumplido correctamente con su cometido, los acontecimientos del 1 de marzo de 1887 tal vez se habrían desarrollado de forma diferente, pero sólo si la policía no hubiera logrado actuar a tiempo y los conspiradores hubieran hecho bien su trabajo. Fueron demasiadas las contingencias como para convertir el error del cochero en un acto de la providencia, aunque eso no impidió que muchas de las personas que rodeaban al zar, o incluso él mismo, creyeran en la intervención divina.

La policía capturó a los terroristas con las bombas en la principal avenida de San Petersburgo, la Perspectiva Nevski, al mediodía del domingo 1 de marzo. Visto en retrospectiva, parece absurdo que no hubieran sabido que los tres paquetes que llevaban Andreyushkin, Generalov y Osipanov contenían potentes bombas. En el servicio de Correos, un «departamento especial» dentro del aparato de seguridad de Rusia había interceptado unas cartas que alertaron a la policía de la posibilidad de un atentado terrorista. Ya antes del 1 de marzo, otras indiscreciones cometidas por los conjurados y por los vigías durante un ensayo les habían identificado ante la policía como grupo organizado, y los tenían estrechamente vigilados; aun así, los agentes que arrestaron a los sospechosos el 1 de marzo seguían ignorando que llevaban bombas consigo. Tras ser conducido a la comisaría de policía, en la calle Gorojovaya, número 2, Osipanov, cuya bomba estaba disimulada bajo el aspecto de un diccionario médico, consiguió estrellarla contra el suelo, pero no estalló. El oficial de policía que recogió el «libro» que su prisionero había arrojado violentamente al suelo quedó estupefacto al descubrir que se trataba de un artefacto explosivo.

Uliánov había fabricado nitroglicerina y cubierto las bombas con dinamita rodeada por los cubos de plomo rellenos y embadurnados con estricnina. Había asumido la dirección de las principales tareas de organización a finales de febrero, después de que Shevirev, tuberculoso y exhausto, viajara a Crimea, donde la policía lo capturó el día 7 de marzo. Uliá-

nov no sólo sustituyó a Shevirev, sino que insistió en que se completara y se imprimiera la formulación del programa «científico» del grupo. La policía lo detuvo la tarde del 1 de marzo, cuando acudió a uno de los apartamentos de los conjurados pocas horas después de la detención de los responsables de las bombas y de otros tres miembros del grupo ocupados en tareas de reconocimiento.

El brillante aspirante a científico Lukashevich había diseñado las bombas. La policía no consiguió detenerlo hasta que se presentó en su apartamento a las dos de la madrugada del día 3 de marzo. Novorusski había organizado la entrega de material y preparado un piso franco en las afueras de la ciudad para instalar el laboratorio de Uliánov. Sería capturado poco tiempo después, igual que otros seis miembros del grupo que habían colaborado de algún modo, o que conocían el complot y no lo habían denunciado. Tras seis semanas en prisión, el día 15 de abril de 1887 los quince implicados en el contubernio para asesinar a Alejandro III aparecieron ante un tribunal del Senado creado exclusivamente para juzgar los crímenes de estado. El juicio duró cuatro días, a los que siguieron la lectura de la sentencia, las apelaciones y la decisión final, y todos los acusados, salvo cinco de ellos, escaparon a la pena de muerte.

Los cadáveres fueron arrojados a una fosa común, según se acostumbraba a hacer con los criminales de estado ejecutados en la prisión de Schlüsselburg. Después de las revoluciones de 1917, y con la ayuda de antiguos guardias de la prisión, Novorusski localizó la fosa común. En el año 1919, el régimen soviético erigió un monumento de granito en aquel lugar que llevaba inscritos los nombres de los 28 prisioneros ejecutados y de los tres que se habían suicidado durante su encarcelamiento. En aquel momento, Alexandr Uliánov no recibió ningún reconocimiento especial, pese a que su hermano menor, Vladimir Ilich, encabezaba el nuevo gobierno soviético bajo su pseudónimo revolucionario de «Lenin». Mucho más tarde, durante la segunda guerra mundial, des-



pués de que la artillería dejara en ruinas la fortaleza, y cuando el culto a los dirigentes se había convertido en algo corriente, el régimen colocó una placa con un bajorrelieve de la cabeza de Alexandr sobre un muro que todavía permanece en pie en el lugar que había ocupado su celda en Schlüsselburg. En junio de 1918, Lenin vengó a su hermano, y a muchos otros, al ordenar la ejecución del hijo de Alejandro III, Nicolás, su esposa y toda su descendencia por un pelotón de fusilamiento. La historia y la Iglesia ortodoxa rusa trataron mejor a Nicolás: el zar y su familia fueron canonizados como mártires en el año 2000.

Si bien es cierto que la historia de las decisiones de Lenin y su comportamiento en calidad de revolucionario y de jefe de gobierno no se pueden resumir simplemente con la palabra «venganza», lo que resulta indudable es que la ejecución de Alexandr fue el desencadenante. Durante los últimos días de vida de su hermano, en mayo de 1887, el joven Volodia, de diecisiete años, se presentaba a los exámenes finales en Simbirsk, en el mismo instituto en el que Sasha había sido galardonado con una medalla de oro al mejor estudiante al acabar sus estudios secundarios en mayo de 1883. Volodia repitió el éxito académico de su hermano y ganó una medalla de oro en 1887; más tarde le superaría en la profesión de revolucionario. Después de la ejecución de Sasha, pasó mucho tiempo preguntándose por qué su hermano mayor se había unido a un grupo terrorista y asumido un papel dirigente. El silencioso y aplicado Alexandr había pasado casi todas las horas de sus años de juventud en un laboratorio del patio trasero estudiando gusanos e insectos. A la edad de diecinueve años, había ganado otra medalla de oro, en esta ocasión en ciencias naturales, en el primer curso en la Universidad de San Petersburgo. Todo el mundo esperaba que Alexandr se convirtiera en catedrático de zoología. El otro Alexandr había pasado desapercibido para su familia.

Volodia explicó a una amiga allegada, la misma que había llevado la inesperada noticia de la detención de Alexandr:

«Estoy seguro de que tenía que actuar así; de que no podía actuar de ningún otro modo.»<sup>5</sup> La firme convicción del joven Lenin sobre la naturaleza del compromiso de su hermano mayor le impelió a intentar comprenderlo, y abordó este misterio con el estado de ánimo de un penitente. Mientras que Alexandr se había sumergido en las ciencias naturales, Volodia, cuatro años más joven que Sasha, las desdeñó, y se enfrascó en la literatura, convirtiéndose en un ávido estudioso de los clásicos. Prácticamente aislados el uno del otro en el momento de la detención de Alexandr, los hermanos, desde la muerte de su padre en enero de 1886, se habían enzarzado en una disputa de adolescentes. Ahora, en lugar de intentar demostrar que era diferente de su hermano mayor, Volodia intentó entrar en la mente de éste. ¿Cuál era la transformación que había sufrido Sasha en San Petersburgo y que le había obligado a sacrificar su carrera y su familia por la causa revolucionaria?

Por sus propios motivos, Lenin guardó el más estricto silencio sobre su familia, y la mayor parte de ella escribió muy poca cosa sobre Alexandr y su relación con Volodia. No fue Lenin, sino su hermana mayor, Anna, quien ha proporcionado a la posteridad las fuentes más valiosas para estudiar la relación entre sus dos hermanos.

### Principios: las familias Uliánov y Blank

Las dos familias que modelaron a Alexandr Uliánov y a su hermano Vladimir constituían una fiel representación de la Ilustración rusa. El giro radical de la Ilustración europea, no obstante, asustó a los autócratas rusos. Las constituciones liberales inspiradas por las revoluciones norteamericana y francesa amenazaban las estructuras imperiales. Catalina la Grande, al principio una entusiasta importadora de las ideas europeas y mecenas de Voltaire y Diderot, empezó a perse-

guir a los filósofos rusos durante la época revolucionaria francesa. La agresión napoleónica modificó todavía más la postura de Rusia con relación al pensamiento europeo. El proyecto imperial de Napoleón y sus ejércitos fracasó en los años que median entre 1812 y 1815, pese a lo cual logró exportar con gran éxito las ideas revolucionarias. Alejandro I, en su juventud, se dejó influenciar por la Ilustración europea, y en la primera parte de su reinado consideró la posibilidad de darle a Rusia una constitución. La victoria sobre Napoleón le hizo cambiar de idea, pero los oficiales de élite influenciados por el pensamiento liberal intentaron imponer una constitución después de su muerte en 1825. El aplastamiento del complot de diciembre de 1825 por Nicolás I, el sucesor de Alejandro I, y la afirmación del sistema político tradicional ruso crearon un fermento revolucionario crónico en la élite de los instruidos.

El camino ascendente de la familia Uliánov se cruzaba con la historia de la Ilustración rusa. El pensamiento libre aterraba a los regímenes autocráticos; sin embargo, un imperio en vías de modernización no podía vivir sin las universidades y las escuelas técnicas. De las décadas de lucha contra los censores y la policía afloró una Ilustración característicamente rusa, algunas de cuyas tendencias representan con fidelidad la historia de la familia Uliánov. En virtud de la educación universitaria, el padre de Lenin, Ilia Nikolaevich Uliánov, se alzó desde la clase media baja de Astraján, una ciudad portuaria en el delta del Volga, hasta la posición de consejero de estado en el cuerpo de funcionarios del zar.

El padre de Ilia, Nikolai, que era sastre, dejó escasa documentación; no obstante, revela que en 1835 se inscribió como *meshchanin*, un miembro del sector más bajo del gremio mercantil, y que poseía una casa de dos plantas de piedra y madera en la ciudad de Astraján. Nikolai tenía su taller en el primer piso. Ya bastante mayor, contrajo matrimonio con Anna Smirnova, una mujer de orígenes étnicos y extracción social oscuros con la que tuvo cuatro vástagos, dos hijos y dos

hijas. Ni siquiera la investigación más exhaustiva ha conseguido descubrir gran cosa sobre el matrimonio y su origen étnico. Los Uliánov vivían en un barrio habitado por minorías étnicas. Las calles de la ciudad estaban llenas de estibadores, comerciantes, artesanos, siervos huidos, soldados retirados y marineros que habían llegado al delta del Volga desde todos los rincones de Europa y Asia. Es probable que Nikolai y Anna fueran tártaros, calmuco o miembros de algún otro grupo étnico procedente de Asia central. Tal vez hubieran tenido antepasados rusos, pero su aspecto era característicamente asiático.<sup>6</sup>

La muerte del padre en 1836 dejó a la familia en circunstancias muy críticas. Ilia, que tenía apenas cinco años en aquel momento, no habría podido ir a la escuela de no haber sido por el sacrificio de su hermano Vasili, trece años mayor que él. La única fotografía que se conserva de Vasili Nikolaeovich muestra a un hombre con bigote, vestido con chaleco a cuadros y levita, y que usaba gemelos. El escaso pelo que tenía se le rizaba en las sienes y lo llevaba engominado. Vladimir Ilich Lenin se parecía a su tío incluso más que a su padre. Ilia tenía el cráneo más estrecho, los pómulos más anchos y el rostro picado por la viruela. Parece evidente que el diligente trabajo de Vasili al servicio de la destacada compañía comercial de Astraján, Hermanos Sapozhnikov, estaba muy bien remunerado. Desde sus inicios, cuando era un adolescente, transportando sal en carros por un salario de 57 rublos al año, había conseguido escalar hasta el puesto de administrativo, para el cual necesitaba poseer cierta instrucción, y con el que pudo costear la educación universitaria de su hermano. Vasili, evidentemente, vio en Ilia un futuro prometedor, y en lugar de procurarse él mismo una educación superior y formar su propia familia, mantuvo a su madre, hermano y hermanas después de la muerte de Nikolai. Este acto de sacrificio se convirtió en el legado más importante de la familia de Ilia Nikolaeovich. Gracias a Vasili, pudo concentrarse en sus estudios, ganar una medalla de plata al acabar la secun-

daria en el instituto de Astraján y asistir a la Universidad de Kazán, a varios cientos de kilómetros más al norte a lo largo del Volga.<sup>7</sup>

La carrera universitaria de Ilia Nikolaevich le puso en contacto con uno de los académicos más ilustres de Rusia, Nikolai Lobachevski, uno de los fundadores de la geometría no euclidiana. Ilia decidió estudiar matemáticas y física, especializándose en meteorología y astronomía, como indica el título de su tesina de licenciatura: *Método de Olbers para calcular la órbita del cometa Klinkerfuss*. Terminó sus estudios en 1854 y, gracias a la ayuda de Lobachevski, consiguió un puesto en el instituto Penza para la alta burguesía, situado en una ciudad bastante grande junto a un afluente del Volga, el río Sura, a más de seiscientos kilómetros al sureste de Moscú. En Penza le fue muy bien: Ilia enseñaba y dirigía la estación meteorológica, y allí también conoció a su futura esposa. Los librepensadores en la administración del instituto para la alta burguesía influyeron en la futura carrera de Ilia Nikolaevich: uno de ellos lo tomó bajo su protección y se convirtió en su cuñado.

Los acontecimientos históricos acabaron echando una mano a la carrera de Ilia Nikolaevich. Las potencias occidentales vencieron a Rusia en la guerra de Crimea de los años 1853-1856, una derrota militar en territorio patrio que afectó profundamente a la identidad de Rusia como gran potencia. Los consejeros conservadores del zar de la época posnapoleónica habían justificado el orden tradicional de Rusia por medio de su poderío militar, pero sus ideas parecían estar ahora en franca decadencia. La guerra dejó al descubierto la debilidad del imperio, comparado con los estados europeos en vías de industrialización. Tras la derrota, el sucesor de Nicolás I, Alejandro II, emprendió un enérgico movimiento de reforma, liberó a los siervos en 1861 y resucitó la Ilustración rusa. Igual que sucediera más tarde, entre 1953 y 1956, los años que siguieron a la muerte de Stalin, a la intelectualidad rusa, el período posterior a la guerra de Crimea le pareció un

deshielo después de décadas de enfriamiento. Las carreras relacionadas con la ciencia y la educación atraían a los hombres de pensamiento avanzado.

En el año 1861, Ivan Veretennikov, inspector de escuelas en el instituto Penza para la alta burguesía, no sólo se preocupó por que la carrera de Iliá avanzara, sino que además le presentó a su cuñada, Maria Alexandrovna Blank. Veretennikov, licenciado por la Universidad de Kazán, había conocido a la familia Blank mientras enseñaba latín en Perm, al pie de los Urales. A principios de 1841, el doctor Alexandr Blank prestaba sus servicios en el consejo médico de Perm, antes de dedicarse a viajar por la región de los Urales para tratar a los trabajadores de las factorías, y en 1846 fue nombrado inspector de hospitales en Zlatousk. Poco tiempo más tarde, en 1847, el doctor Blank se retiraría a su finca recién comprada en Kokushkino, cerca de la ciudad de Kazán y del Volga. Veretennikov desempeñó un papel significativo en modelar el futuro de la familia Uliánov al presentarles a varios de sus colegas a las hijas del doctor Blank. Las cinco se casaron con profesores y administradores de escuela vinculados profesionalmente con Veretennikov. Iliá se integró en este círculo de personas de pensamiento similar tras casarse con Maria en 1863.

Igual que Iliá Nikolaevich, Alexandr Blank había sabido aprovechar las oportunidades que el régimen en vías de modernización ponía a disposición de los hombres con talento que buscaban el conocimiento científico y tecnológico. Empezó su vida como Israel (Srul) Blank, pero él y su hermano Abel abandonaron la religión judía y se unieron a la Iglesia ortodoxa rusa en 1820. Israel se convirtió en Alexandr Blank. Gracias a la ayuda de patrocinadores liberales y aristócratas, los dos hermanos dejaron Zhitomir, parte de la zona de asentamiento de judíos del imperio ruso creada después de las particiones de Polonia, y se matricularon en la academia médico-quirúrgica de San Petersburgo. Tras empezar a ejercer y abrir su consulta en 1824 en San Petersburgo, el doctor

Blank conoció a Anna Grosschopf, con quien contrajo matrimonio en 1829. El padre de Anna, Johann, había emigrado desde Lübeck, una ciudad hanseática medieval en el Báltico, donde Alemania se une a Escandinavia. La rama sueco-alemana de la familia se adaptó bien a la vida en San Petersburgo y prosperó en puestos comerciales y burocráticos. Johann Grosschopf se había casado con Anna, la hija de Karl Ohrstedt, un orfebre de origen sueco. Su hija, Anna Grosschopf (que llevaba el nombre de su madre) era, en consecuencia, sueca por parte de madre, alemana por parte de padre, y luterana por parte de ambos.

La unión Blank-Grosschopf dio fruto a un hijo (el primogénito) y cinco hijas entre 1830 y 1836; Maria Alexandrovna, la quinta, nació en 1835. El nacimiento de seis hijos en el curso de unos siete años tal vez precipitara la muerte temprana de Anna en 1840. Su hermana viuda, Katherine von Essen, sustituyó rápidamente a Anna en la casa de los Blank, y se convirtió en la pareja doméstica del doctor Blank.<sup>8</sup> Su nuevo destino, no obstante, era un puesto difícil comparado con el trabajo en San Petersburgo. Después de los rigores de la vida en Perm y en Zlatousk, el doctor Blank buscó un lugar donde retirarse. Él y Katherine acordaron trasladarse a la finca de Kokushkino, a orillas del río Usha, en la provincia de Kazán. El doctor Blank había elegido Kokushkino por su proximidad a la capital provincial, Kazán, y a sus excelentes escuelas y universidad. Su renta de jubilación, una considerable suma recibida por la venta de la propiedad de su fallecida esposa en San Petersburgo, los recursos de Katherine von Essen y una hipoteca sobre la finca le permitían mantener a su gran familia. La decepción con la vida en Perm y en Zlatousk probablemente precipitara su retiro prematuro, pero continuó atendiendo a los campesinos locales en la consulta que tenía en su casa.

El hijo del doctor Blank, Dimitri, acabó sus estudios secundarios en el instituto e ingresó en la facultad de derecho de la Universidad de Kazán en el año 1848. En su calidad

de primogénito y único hijo varón, era el candidato de la familia a recibir educación universitaria. Dimitri se suicidó en enero de 1850, pocos meses antes que Ilia Nikolaevich se matriculara en la universidad.<sup>9</sup> Tal vez, de algún modo, el matrimonio de sus hijas con el tipo de jóvenes que habría deseado que hubiera sido su hijo compensara al doctor Blank por la muerte de Dimitri. La familia guardó silencio acerca de las circunstancias de su fallecimiento.

La tía Katherine dio a los niños una educación estricta, de acuerdo con su propia formación y los orígenes luterano, alemán y sueco. El doctor Blank, que no sólo se había convertido a la fe ortodoxa sino que además había puesto punto y final a su vida en Zhitomir, igualó la austeridad y la inspiración religiosa de tía Katherine con su propio estilo seglar. Convencido de los beneficios de una dieta sencilla y de los remedios naturales, el doctor Blank evitaba en lo posible recetar a sus pacientes medicamentos potentes, y les imponía a sus hijos un riguroso régimen de salud: ropa ligera, dieta sencilla y paños empapados en agua para temperar el cuerpo, como si quisiera desafiar los rigores del clima ruso.

Los jóvenes instruidos buscaban la compañía del doctor Blank, aunque no es de extrañar que sus cinco hijas eclipsaran cualquier otra atracción en Kokushkino. Las jóvenes Blank, de buena familia por parte de madre y muy bien educadas por parte de padre, eran la pareja ideal para cualquier hombre joven, profesional y de tendencia liberal que frecuentara la finca. Por razones que desconocemos, Maria tardó más tiempo en casarse que sus otras cuatro hermanas, y ya tenía veintiséis años cuando conoció a Ilia en Penza en 1861. Se casaron en 1863, el mismo año en el que ella recibía el certificado que la capacitaba para enseñar en educación elemental. Formaban una pareja muy bien compenetrada. El plan de vida de Ilia se parecía mucho al del doctor Blank, ambos procedían de etnias no rusas y sus familias habían ascendido gracias al talento y al trabajo duro. El doctor Blank falleció en 1870, el año en que nació Lenin, pero les dejó su



propiedad en herencia a las cinco familias, que siguieron utilizando la finca de Kokushkino como su propiedad común y se reunían allí durante las vacaciones de verano.

Tras contraer matrimonio con Maria en 1863, Ilia Nikolaevich obtuvo un puesto de profesor de física y matemáticas en el instituto de Nizhni Novgorod, la animada ciudad comercial junto al Volga, donde Maria Alexandrovna dio a luz a Anna en 1864 y a Sasha en 1866. Poco tiempo después de Sasha nació Olga, que murió en 1868 cuando todavía era un bebé. Sasha tenía sólo tres años cuando Ilia aceptó el cargo de inspector de las escuelas públicas en Simbirsk. En 1869, la familia Uliánov se trasladó río abajo y hacia el este a la ciudad de Simbirsk, una tranquila población junto al Volga. Maria Alexandrovna, ya embarazada de Vladimir, dio a luz en abril de 1870.

En Simbirsk, Ilia Nikolaevich sirvió fielmente a la Ilustración rusa y a su valor central: la educación laica. Servía con dedicación en una burocracia imperial que tenía escasos funcionarios y trabajó muy duro supervisando la educación elemental laica de toda una provincia. Pese a no tratarse de una gran provincia, la cuadragésimo segunda de sesenta y cinco, Simbirsk, sin embargo, tenía una población formada por diversas etnias: 1.300.000 habitantes que ocupaban un territorio de una extensión equivalente a la de un pequeño estado europeo. Cuando Ilia Nikolaevich llegó en 1869 desde Nizhni Novgorod, la provincia contaba con 460 escuelas elementales públicas, la inmensa mayoría de las cuales eran disfuncionales y rurales, y sólo 89 de ellas, menos de la quinta parte del total oficial, estaban a la altura de sus expectativas, mientras que muchas de las otras existían únicamente sobre el papel o se encontraban en un estado lamentable. Cada una de esas escuelas servía a una zona poblada por unos ocho mil habitantes, aunque, por término medio, tenía veintiún escasos alumnos.

Al principio, Ilia Nikolaevich era responsable de la inspección de setenta u ochenta escuelas al año. Tras heredar un

cuerpo de 526 maestros mal instruidos y mal pagados, descubrió que 294 de ellos eran sacerdotes locales y tres eran mulás, y que muchas de las escuelas apenas funcionaban. En resumen, tenía que crear un sistema moderno de educación elemental partiendo de un personal docente inadecuado, casuchas destartaladas que no merecían llamarse escuelas y una población étnicamente diversa y en su mayor parte analfabeta. Ilia Nikolaevich, beneficiario del nuevo aperturismo al talento del período posterior a la guerra de Crimea, era la persona idónea para llevar a cabo esa misión. Ilia Nikolaevich creó un instituto pedagógico que atendía a las minorías poco privilegiadas de la región, en particular a chuvasios, mordvinos y tártaros, grupos étnicos que, según sus propias estimaciones, configuraban casi la tercera parte de la población en la provincia de Simbirsk. En 1879, Ilia informaba que Simbirsk contaba con 425 escuelas realmente operativas a las que asistían 15.561 alumnos. Bajo su supervisión se habían construido 151 nuevos edificios escolares y el presupuesto se había multiplicado por 3,5. Al final de su carrera, las escuelas elementales públicas en pleno funcionamiento sumaban 434, y un total de 20.000 estudiantes.<sup>10</sup>

Ilia Nikolaevich tuvo que identificar los problemas y evaluar una gran cantidad de necesidades, desde la construcción de escuelas hasta planes de estudio, libros de texto y pedagogía. Supervisó la contratación y la formación de maestros, fijó sus salarios y realizó recomendaciones presupuestarias. Todo esto exigía viajar mucho por un territorio de alrededor de cuarenta mil kilómetros cuadrados para asistir a reuniones con los habitantes de los pueblos, maestros, funcionarios locales y en su ministerio. Debía mantener la comunicación con los funcionarios, tanto de las oficinas rurales como de las urbanas. Ilia Nikolaevich, una persona menuda e intensa, y de físico frágil, pagó el precio de tratar con burócratas y contribuyentes reacios mientras viajaba por las primitivas carreteras de la provincia de Simbirsk en vehículos tirados por caballos y de pésima suspensión. Después de poco más de diez

años en el cargo de director de las escuelas públicas, sufría de arteriosclerosis, enfermedad a la que Ilia tal vez ya tuviera una predisposición orgánica; Lenin también la sufrió, y ambos murieron de hemorragia cerebral aproximadamente a la misma edad.

Ilia Nikolaevich les enseñó a sus hijos a creer en la educación como fundamento del progreso, y a pensar en la vida profesional como un profundo compromiso con el trabajo incansable al servicio de la Ilustración. Ilia alababa a sus hijos en muy raras ocasiones y esperaba de ellos que se aplicaran con rigor y diligencia a sus tareas escolares. La severidad de su padre hizo que el desarrollo de la conciencia coincidiera prácticamente con el sentimiento de satisfacción por haber logrado algo mediante el aprendizaje. Aunque él mismo era un modelo de escrupulosidad y autosacrificio, les inculcó a sus hijos la idea de que él era el beneficiario del altruismo de un hermano mayor que había mantenido a la familia después de la muerte de su padre. Ilia le enseñó a Sasha no sólo la importancia de la ciencia, sino también el sentido del deber, hasta el grado del sacrificio propio. Sasha captó el mensaje y se lo tomó muy en serio.

La familia Uliánov no era ni pobre ni rica. En el año 1874, el nombramiento de Ilia Nikolaevich al cargo de director de las escuelas públicas en la provincia de Simbirsk lo elevó al grado de consejero de estado en el cuerpo de funcionarios, un rango que conllevaba privilegios de nobleza hereditaria pero un salario modesto. El estilo de vida de la familia Uliánov reflejaba sus ingresos y sus preferencias por igual. Ni a Ilia Nikolaevich ni a Maria Alexandrovna les gustaba alardear. El parco mobiliario de la casa en la calle Moskovskaya donde pasaron la mayor parte de sus años en Simbirsk expresaba una preferencia filosófica, y tal vez estética, por lo utilitario más que por lo suntuoso. Los hijos Uliánov crecieron rodeados de libros y revistas científicos y del material del laborato-

rio de Ilia procedente de Penza, pero también de las partituras, el piano y los libros alemanes y franceses de Maria Alexandrovna.

Simbirsk, a pesar de ser una urbe de alrededor de cuarenta mil habitantes, estaba rodeada de naturaleza, lo que le daba un aire rural. El cercano río Sviyaga les proporcionaba el agua de beber, y un pozo en el patio, el agua para regar el jardín y otras necesidades domésticas. La casa de la calle Moskovskaya donde vivió la familia entre 1878 y 1887 tenía un amplio jardín trasero dividido por un camino que terminaba en una verja que lindaba con la calle Pokrovskaya. El camino estaba bordeado por álamos plateados y en su extremo final se alzaba un solitario álamo temblón, un árbol especialmente querido por Anna. A lo largo de la verja que separaba el patio de los Uliánov del de los vecinos, otros cuatro caminos recorrían el jardín, cada uno con su propio «bosque», que los niños identificaban con colores según su tono dominante: el negro, por las lilas y el olmo; el amarillo, por las acacias, y el rojo, por el punzante espino. Al último «bosque», en realidad una colección variopinta de restos de poda donados por sus vecinos, lo llamaban «el bosque sucio». En el centro de la zona delimitada por los «bosques», Maria Alexandrovna había plantado flores. El jardín tenía una pequeña glorieta donde, en verano, tomaban el té de la tarde, y también manzanos, perales y cerezos, y arbustos de frambuesas, grosellas y arándanos, y varias hileras de fresas. Maria Alexandrovna llevaba a cabo una estricta supervisión de la recolección de todos estos frutos, y el jardín se convertía en una suerte de campo de operaciones familiar en el que todos los niños ayudaban regando y cosechando.<sup>11</sup>

Sasha empezó muy pronto a investigar y a recoger insectos y ranas de la zona. Él, sus hermanos y sus primos recorrían las colinas y los bosques y navegaban los ríos de Simbirsk y de Kokushkino en una pequeña canoa de madera. En verano, trepaban y nadaban, y en invierno, patinaban y jugaban con los trineos. La familia ampliada, con todas las hermanas y cu-

ñados de Maria Alexandrovna y sus hijos respectivos, seguía reuniéndose cada verano en la finca del doctor Blank, que heredaron conjuntamente después de la muerte de éste en 1870.

La familia Uliánov creció deprisa: una segunda Olga siguió a Vladimir en 1871, y a continuación Nikolai, que murió siendo un bebé en 1873, Dimitri en el año 1874 y Maria en 1878. Los hijos formaban díadas según el orden de nacimiento: Anna y Sasha, Volodia y Olga, Dimitri y Maria. Los mayores, Anna y Alexandr, eran inseparables. Si Anna sintió algo del típico resentimiento del hijo mayor hacia su primer competidor por captar la atención paterna, lo ocultó muy bien en unas memorias llenas de adoración por su hermano. La intensa preferencia por el hijo mayor sin duda desempeñó algún papel. Anna le cedió la influencia a Sasha, favorecido por ambos progenitores y también admirado e imitado por sus hermanos más jóvenes. (Volodia copiaba con minuciosidad cada uno de los gestos de su hermano mayor). Los padres parecían claramente centrados en Sasha y su futuro; lo demuestra un retrato familiar de 1879, en el que Sasha ocupa la posición central del grupo.

La familia llevaba una existencia plácida como en un invernadero, bastante retirada y cómoda, y los hijos se relacionaban con sus primos durante los veranos en la finca de Kokushkino. Que las hermanas y cuñados de Maria Alexandrovna fueran todos ellos educadores sirvió para reforzar el intenso enfoque familiar en el aprendizaje. Ilia solía invitar a algunos de sus colaboradores más próximos a tomar el té o a jugar al ajedrez, y en ocasiones los invitaba a cenar. Quizá los miembros de la familia se sintieran muy cómodos en esta compañía, aunque es posible también que los prejuicios de la alta burguesía establecida de Simbirsk, buenas familias procedentes de la Gran Rusia, limitaran las posibilidades de relaciones sociales de los Uliánov. ¿Corrieron acaso murmuraciones entre sus vecinos sobre los niños, competentes, tranquilos, de una gran timidez y aspecto extraño? Los autores de memorias en las que narraban los años de Sasha y de Anna en San Peters-

burgo solían comentar a menudo su aspecto: su pequeña estatura, los ojos asiáticos y la piel oscura y el pelo rizado de Anna. Todo ello contribuyó a la extremada timidez de los niños, aunque en el interior de aquel «invernadero» familiar, rodeados por sus «bosques», florecieron de un modo muy distinto.